



ELŻBIETA BENDER

Universidad Maria Curie-Skłodowska, Polonia

 <https://orcid.org/0000-0002-1136-2539>

Exilios de Arturo Barea

Exiles of Arturo Barea

Abstract

The article analyzes the literary works of Arturo Barea that deal with the experiences of his two exiles: the French and the British. In *The Clash* Barea evokes his sad life in Paris: great poverty and uneasiness caused by the growing resentment of the French towards the Spanish exiles on the eve of World War II. In contrast, the British exile (shown in the stories *Teresa* and *A Spaniard in Hertfordshire*) appears as a mostly positive experience, as Barea achieves a certain economic and emotional stability. Nevertheless, there are moments (reflected in his letters and his novel *The Broken Root*) in which the author suffers from nostalgia for his homeland and remorse for having abandoned his children in Franco's Spain.

Keywords: Exiles of Arturo Barea, *The Clash*, *The Broken Root*, “Teresa”, *A Spaniard in Hertfordshire*

La obra de Arturo Barea, hasta hace poco casi desconocida entre los lectores españoles, desde la llegada de la nueva centuria y el “boom” de la nueva novela de la Guerra Civil, está ganando cada vez más entusiastas y admiradores. Tal es así que *La forja de un rebelde* y, sobre todo, su tercera parte *La llama*¹, dedicada a la Guerra Civil, se ha convertido en una valiosa referencia, imprescindible para examinar sin prejuicios la confrontación fratricida del 36. Dentro de una extensísima bibliografía al respecto, el libro de Barea ofrece una visión que huye de los esquematismos partidistas. El autor, que durante el conflicto, apoyó la causa republicana, en *La llama* denuncia no solo los crímenes de los nacionales,

¹ Los dos primeros tomos de la obra maestra de Arturo Barea *La forja de un rebelde* se titulan respectivamente *La forja* y *La ruta*. La serie apareció por primera vez en su versión inglesa entre 1941 y 1944 y casi inmediatamente fue traducida a otros idiomas. Su primera edición castellana se realizó en Buenos Aires, en 1951. En España no se publicó hasta el año 1977.

sino también las atrocidades cometidas por los republicanos. De este modo, desmitifica las glorificadas imágenes de la guerra ofrecidas por uno y otro bando. Desvela una verdad dolorosa, muy incómoda para todos los españoles independientemente de sus simpatías ideológicas.

Hoy en día, la imparcialidad del libro bareano se considera uno de sus mayores méritos, alabado tanto por los lectores como por los críticos y algunos de los escritores. Entre ellos, Antonio Muñoz Molina (2017), quien escribía recientemente: “Barea se comprometió activamente con la defensa de la República, pero eso no le hizo cerrar los ojos ante los crímenes, los atropellos ni los calamitosos enfrentamientos internos que debilitaron al bando leal” (p. 15).

Cabe apuntar que mientras hoy la recepción de la obra bareana es unánimemente entusiasta, en el siglo anterior las críticas fueron bastante dispares y se debían casi exclusivamente a las simpatías políticas de sus autores (Bender, 2016, pp. 21–29).²

La llama es una de las pocas narraciones sobre la guerra civil que rechaza la visión maniquea del conflicto, siendo al mismo tiempo una extraordinaria fuente histórica que suministra muchos testimonios de quienes vivieron el conflicto fratricida en persona. En opinión de Sánchez Zapatero y Guzmán Mora (2015), *La llama* “es un fresco histórico coral que, por encima de acontecimientos puntuales, describe el ambiente social y humano del país durante la guerra” (p. 140). El libro suministra una asombrosa cantidad de episodios reales, experiencias vividas por el mismo Barea o las gentes que él conoció personalmente y que le contó sus historias. En la narración se entrelaza lo personal/lo autobiográfico y lo colectivo/lo público, llevando a reflexionar sobre la influencia de la gran Historia sobre las vidas de las personas anónimas. Este esquema narrativo arraiga en el concepto unamuniano de intrahistoria (Bender, 2014a, pp. 148–149), una nueva fórmula de contar el pasado, que adelanta la llamada “nueva novela histórica”.³

Los dos primeros tomos de la autobiografía —*La forja* y *La ruta*— ofrecen también una materia histórica muy interesante. *La forja* recrea el ambiente del Madrid de principios del siglo XX con la creciente conflictividad social y la pujante actividad sindicalista. *La ruta*, a su vez, proporciona una imagen poco conocida de la guerra de Marruecos (1911–1927). Cada tomo de la trilogía destaca por su carácter intrahistórico y personal, lo que hace de *La forja de un rebelde* un libro intimista muy conmovedor. Nos enteramos, por ejemplo, de que a consecuencia de presenciar muertes violentas; primero, en Marruecos y,

² Torres Nebrera (2002) proporciona una amplísima información sobre las críticas de la obra de Arturo Barea publicadas a lo largo del siglo XX.

³ Los debates sobre los nuevos modelos de contar la historia empezaron a extenderse a partir de los años setenta del siglo XX. Desde entonces fueron recibiendo varias denominaciones: “nueva historia”, “nueva historiografía”, “Nouvelle Histoire”, “New Criticism”, “New History” o “historiografía posmoderna”. Para ver más información sobre el fenómeno: Burke (1991).

luego, en el Madrid bombardeado durante la guerra civil; Barea contrajo una enfermedad nerviosa que le producía convulsiones y le dejaba paralizado durante horas cuando oía sirenas de alarma antiaéreo. El escritor parecía sucumbir a su perturbación cada vez más grave cuando, por casualidad, descubrió que mientras se ponía a narrar las traumáticas experiencias de los bombardeos, conseguía aliviar los síntomas de su enfermedad (Bender, 2014b, p. 44–45). Así nacieron sus charlas radiofónicas, algunas de las cuales se publicarían en 1938, en la colección de cuentos *Valor y miedo* y, después, se incluirían en la famosa autobiografía del escritor. Los relatos *Valor y miedo*, en opinión de Sánchez Zapatero (2021), muestran “la dimensión intrahistórica de la contienda al otorgar su protagonismo a las víctimas del hambre, el miedo y la violencia que esta trajo consigo” (p. 22). Además, son historias que cumplen con el deber de acordar y testimoniar las tragedias de gente anónima, silenciada en los grandes relatos totalizadores.

A los horrores de la guerra de Marruecos y de la guerra civil, que sufrió hondamente Barea, se sumaron las angustiosas vivencias del forzado exilio. El escritor compartió el trauma de muchos españoles quienes huían de su país para salvar la vida, evitar represión o para buscar la seguridad, tanto político-social como económica. Se estima que aquel masivo éxodo español, consecuencia de la guerra civil, fue un fenómeno migratorio sin precedencia en la historia de España por su cuantía y su alcance. Los historiadores Bocanegra Barbecho (2009, pp. 215–217), Rodrigo, Alegre Lorenz (2022, pp. 140–141) mencionan cinco grandes olas migratorias durante la contienda y la inmediata posguerra: la inicial de 1936, como resultado del éxito o fracaso del golpe de Estado, abarcaría a unos 15 000 refugiados; la de 1937, en las regiones de Norte, equivaldría a más de 160 000 huidos; la de 1938, tras el derrumbe del frente del alto Aragón, arrojaría a Francia a unos 25 000 personas; la gran retirada de 1939, origen mayoritariamente de lo que se conoce como exilio republicano, hizo que unos 500 000 españoles cruzaran la frontera francesa; y, finalmente, la oleada migratoria del final de la guerra, con unos 12 000 refugiados. Bocanegra Barbecho (2009, p. 218) estima que el número total de exiliados de las cinco corrientes migratorias sumaría un total de un millón de personas aproximadamente. Aunque otros historiadores indican cifras menos cuantiosas —Rubio (1978), 680000; Llorens (1997), 550000 (*apud* Sánchez Zapatero, 2008a, p. 3)— es cierto que el éxodo de 1936–1939 fue un fenómeno de enormes dimensiones e importancia para el país. Su enormidad hizo que el término “exilio”, utilizado antes de la contienda de 1936 escasamente y en otros contextos, al ser identificado con el masivo éxodo de la guerra civil, llegase a ser muy popular, a menudo sustituyendo las expresiones hasta entonces más habituales (Sánchez Zapatero, 2008a, pp. 4–6). Como era de esperar, la magnitud del exilio de 1936–39 llevó a numerosos historiadores a estudiar el fenómeno, lo que en el caso de los investigadores residentes en España se produjo con cierta demora, debido a las nefastas circunstancias

políticas del régimen franquista. En cambio, los testimonios del exilio de quienes lo padecían fueron inmediatas, a menudo muy íntimas y eminentemente autobiográficas. Como advierte Sánchez Zapatero (2008b), el exiliado es “alguien a quien se ha despojado de su identidad y de sus raíces, que se convertirán desde el mismo momento de su marcha en obsesivo recuerdo” (p. 438). De ahí que muchos españoles, especialmente los que se dedicaban a la literatura antes de abandonar la patria, viéndose de pronto en un espacio ajeno, sintieran la aguda necesidad de contar su dolorosa experiencia del pasado y del presente para superar la sensación de desarraigo y para adquirir una nueva identidad. Tras analizar las memorias de diferentes escritores exiliados, Sánchez Zapatero (2009) llega a la convicción de que

la autobiografía ocupa un lugar destacado entre las obras de los exiliados, porque todo testimonio de una vida implica, más que una mimética reproducción de unos acontecimientos históricos, la formación de una nueva identidad del sujeto creador a través de múltiples identidades anteriores. (p. 6)

Además, en la autobiografía del exiliado no se trata de rememorar tan solo las vivencias traumáticas, causas más directas de su fuga, sino también de evocar los momentos más felices, como la infancia, “tiempo de mayor inocencia e ilusión, de alegre esperanza humana, . . . idealismo total y absoluto, lleno de encanto maravilloso, en donde el escritor vuelca su corazón sonriendo, en medio de tanta tristeza agobiante, olvidándose de todo” (Marra-López, 1963, p. 9). Para los exiliados, recordar su infancia casi siempre cumple una función reconfortante.

Todos los elementos de la autobiografía de exilio mencionados se encuentran en la trilogía de Arturo Barea, *La forja de un rebelde*. El escritor reconoce que el mismo hecho de escribir este libro le traía alivio a sus angustias del presente. Al evocar con todo detalle su trayectoria vital y ahondar en las circunstancias familiares y socio-políticas trataba de comprender su personalidad y las causas de sus éxitos y sus fracasos, entre ellos, sus forzados exilios en Francia e Inglaterra.

Antes de analizar los relatos bareanos cabe aclarar que, pese a que a Barea se le considera uno de los tantos exiliados de la guerra civil, resulta erróneo incluirlo dentro del exilio republicano, denominación al uso para referirse a quienes huyeron de la guerra civil y las represiones franquistas. Aunque el escritor siempre había simpatizado con las izquierdas y, durante la guerra, desempeñaba importantes cargos en el bando republicano, acabó siendo víctima de las luchas internas entre los distintos grupos políticos que conformaban el bloque antifascista. Primero, su amiga Ilsa Kulesar y luego él, fueron acusados de colaboradores de Trotski, enemigos de los comunistas y, en consecuencia, traidores de la causa republicana. Ambos perdieron sus cargos y sufrieron

numerosos registros de su casa. Sus amigos —los pocos que les quedaban—, conscientes del grave peligro que corrían, les aconsejaban huir de Madrid. Tras muchas vacilaciones, Arturo e Ilsa abandonaron la ciudad y la lucha con la que tanto se habían identificado. En principio, se refugiaron en Valencia, después, en Barcelona para, finalmente, tomar la decisión de abandonar España. Su exilio se debió entonces, en primer lugar, a las injustas acusaciones de parte de quienes habían sido sus camaradas del mismo bando político. Aquello pesaría bastante en su posterior vida en el exilio. Barea y su entonces esposa, Ilsa Kulcsar, no podrían contar con una entrañable y solidaria acogida de parte de los refugiados republicanos a causa de su condición política un tanto ambigua. Tal vez por eso, el matrimonio Barea se empeñó tanto en adaptarse a la vida del país de acogida. Su objetivo falló en Francia, pero, al parecer, se cumplió, aunque tan solo parcialmente, en Gran Bretaña. Aun así, como demuestran las cartas de Barea y confirman los testimonios de otros refugiados en Gran Bretaña, el escritor sintió nostalgia de su patria durante todo su exilio hasta su muerte acaecida el 24 de diciembre de 1957.

Veamos ahora cómo la impactante experiencia del exilio bareano queda reflejada en sus relatos: el tercer tomo de su autobiografía, *La llama*; su última novela *La raíz rota* y sus dos cuentos: “Un español en Hertfordshire” y “Teresa”.

En *La llama* el escritor evoca su exilio francés y su estancia en París, que duró un año, de febrero de 1938 a febrero de 1939, y que estuvo marcado por una aguda precariedad económica. Su preocupación por encontrar medios para sobrevivir era constante. Barea, aun abrumado por su delicada salud, tenía que sacar fuerzas para trabajar en lo que conseguía gracias a ciertos amigos y gente que conocía. Ganaba dinero vendiendo sus artículos o realizando encargos de traducción. A la traducción se dedicó también su mujer Ilsa. Aunque su situación era muy difícil, al principio los Barea se encontraban con muestras de simpatía y solidaridad por parte de los franceses. Algunos los invitaban a comer o les daban crédito en el alquiler o comida. Sin embargo, con el tiempo su situación fue empeorando. La mayoría de los franceses empezó a mirarlos con recelo: “apenas disimulaban su impaciencia, llena de miedos hacia la lucha en España; . . . se agarraban a su esperanza de paz para ellos mismos” (Barea, 1951/2010, p. 524). En el ambiente cada vez más tenso, ante la inminente guerra en Europa, para distraerse, Barea se refugiaba mentalmente en la redacción de su autobiografía. Mientras tanto, la situación internacional se volvía muy alarmante. En septiembre de 1938, después del Pacto de Munich (30 de septiembre de 1938), los refugiados españoles ya no pudieron contar con la ayuda de los franceses. Estos los miraban con desprecio y hasta odio. No querían comprometerse con la causa perdida y buscaban la posibilidad de una paz pagada a cualquier precio. Estaban dispuestos a sacrificar a quienquiera para mantener a Francia fuera del peligro. Barea lo recuerda de la siguiente manera:

Durante semanas, los franceses alrededor nuestro habían estado discutiendo la posibilidad de una paz pagada a cualquier precio, pagada por otros que no fueran ellos. Comenzaron a mirar de mala manera a los extranjeros que personificaban un aviso desagradable del futuro y amenaza de complicaciones políticas. Comenzaba a extenderse el despectivo *sal mèteque*. Fuera cual fuera su origen, su alcance era claro, y hería por la espalda a todos los extranjeros que no fueran ingleses o americanos. (Barea, 1951/2010, p. 530)

La creciente hostilidad hacia los extranjeros llegó a convertirse en el antagonismo oficial. Barea, desesperado, observaba cómo la Prefectura de Policía obligaba a un número cada vez mayor de españoles a abandonar Francia en muy pocos días. Entonces experimentaba una sensación de creciente amenaza. Le desesperaba la pasividad de las potencias europeas ante la violencia de los fascistas. La noticia del Pacto de Munich dejó claro que ya nadie iba a ayudar a los republicanos en España:

Munich destruyó la última esperanza de España. Era claro, sin duda posible, que ningún país movería un solo dedo para ayudarnos contra Hitler y sus amigos españoles El sacrificio de Checoslovaquia y la vergonzosa sumisión de las grandes potencias al ultimátum de Hitler no habían provocado una ola de ira y de desprecio para el dictador, sino una ola monstruosa de miedo, miedo crudo de guerra y destrucción que atizaba el deseo de desviar la guerra y la destrucción sobre las cabezas de otros. (Barea, 1951/2010, p. 534)

Finalmente, cuando Arturo e Ilsa se persuadieron de que permanecer en Francia suponía un riesgo muy grave, tomaron la decisión de huir a Inglaterra. Mientras se preparaban para el viaje, les llegaban las noticias del masivo éxodo de los españoles por la frontera francesa tras la caída de Barcelona. Arturo, conmovido, relata la miseria y la humillación de los refugiados españoles y hace un comentario sarcástico sobre la acogida que les prepararon las autoridades francesas:

Pobres gentes con petates míseros, gentes más afortunadas en coches sobrecargados abriéndose camino en las carreteras congestionadas, y a las puertas de Francia una cola sin fin de fugitivos agotados, esperando que les dejaran entrar y estar seguros. Seguros en los campos de concentración que esta Francia había preparado para hombres libres: alambradas de espino, centinelas senegaleses, abusos, robo, miseria y las primeras oleadas de refugiados admitidos, encerrados entre el alambre en rebaños como borregos. Peor aún, sin techo sobre sus cabezas, sin abrigo contra los vientos helados de un febrero cruel. (Barea, 1951/2010, p. 544)

Según *La llama*, la experiencia del primer exilio de Barea ha sido sumamente negativa. Francia, al principio solidaria con los refugiados españoles, tras

el pacto de Munich, quiso deshacerse de quienes habían sido implicados en la lucha antifascista. Excepto casos aislados, los franceses no querían ayudar a los perdedores. Ante su masivo éxodo tras la victoria de Franco, las autoridades francesas tomaron la decisión de hacinar a los refugiados españoles en los campos de condiciones infrahumanas, sin techo, sufriendo heladas, encerrados entre alambradas de espino y vigilados por centinelas senegaleses.

El segundo y definitivo exilio de Barea en Inglaterra fue completamente diferente. El escritor encontró en la campiña inglesa la tranquilidad que por fin le ayudó a curar su enfermedad nerviosa. Además, podía hacer lo que más le gustaba: escribía relatos y daba charlas radiofónicas dirigidas a los hispanoparlantes de Latinoamérica en la BBC. Aunque, según los que lo conocieron en Inglaterra, Barea echaba de menos a España, no tardó casi nada en adaptarse a su nueva vida. Su muy positiva experiencia del exilio inglés queda perfectamente plasmada en “Un español en Hertfordshire”⁴, un cuento de corte claramente autobiográfico. Su protagonista, *alter ego* de Barea, confiesa que antes de llegar a Inglaterra tenía una imagen completamente errónea del país: se lo imaginaba como un lugar gris, muy feo, con gente difícil y poco amistosa. Una vez instalado en Inglaterra, el protagonista reconoce admirar la belleza del paisaje y la amabilidad de los británicos. Se sorprende a cada paso. Por ejemplo, le asombra ver a un policía inglés de pueblo portándose como una persona normal y amable con todo el mundo. Le extraña mucho que ese policía tenga una casita agradable con un típico jardín de tulipanes. El protagonista del relato cuenta también una anécdota según la cual el policía de su pueblo les trajo a su casa sus tarjetas de residencia, la suya y la de su esposa, para que no tuvieran que molestarse ir a recogerlas a la comisaría.

A menudo, Barea compara a los policías británicos con los agentes de la Guardia Civil española. Su recuerdo le produce siempre una sensación desagradable:

[El protagonista] seguía pensando en la sombría Guardia Civil sobre sus caballos negros, con sus tricornos y siempre en pareja porque cuentan con el odio sempiterno de todo el campo. La policía rural española vive en cuarteles, completamente aislada de la vida normal de los pueblos. Sus esposas también están sometidas a la disciplina cuartelera. Uno no puede imaginarse que se quiten el uniforme ni para dormir. (Barea, 2007, p. 91)

Otro personaje de la campiña inglesa que le da una agradable sorpresa al protagonista es el cura del pueblo. Barea lo ve todos los domingos “de pie a la puerta de la iglesia; estrechando manos, dando la bienvenida a la gente” (Barea, 2007, p. 92). Le impresiona que el cura les ofrezca a los exiliados su ayuda

⁴ El cuento publicado por *The Spectator* el 11 de agosto de 1939. En la traducción española apareció por primera vez en 2007 en *Cuentos completos*, edición de Nigel Townson.

a pesar de que estos declaran abiertamente ser ateos. Además, suele recorrer el pueblo en su modesta bicicleta, haciendo espontáneas y muy familiares visitas a los vecinos. El protagonista descubre también la perfecta convivencia de los anglicanos y los católicos. Entonces se acuerda tristemente de la intolerancia religiosa que tanto aquejaba a los españoles.

El exiliado admira en los británicos su simpatía y su gran tolerancia. Bromea que la única vez que se topó con un acendrado nacionalismo fue cuando le dijo a la esposa de un tabernero que su spaniel procedía de una raza española. Entonces la mujer protestó vivamente exclamando: “¡Oh no, este perro es inglés!” (Barea, 2007, p. 93). Al protagonista le encantan las tabernas inglesas. Allí lo tratan con mucha familiaridad, lo que le ayuda enormemente a integrarse en la sociedad local. Además, el ambiente de las tabernas inglesas le recuerda la vida social de los bares de España, una de las cosas que más añora en su exilio británico.⁵

La imagen del exilio inglés del cuento “Un español en Hertfordshire” resulta muy halagadora, lo que es prueba de que Arturo Barea se adaptó bien a la vida británica. Tal vez, el hecho de residir en un pueblo de campiña, bastante alejado de los bombardeos nazis, fue uno de los factores más propicios para que Barea disfrutara del ambiente más sosegado y más seguro que el que hubiera podido experimentar al vivir en una de las grandes ciudades británicas. Sin embargo, la tranquilidad del pueblo de provincias y la amabilidad de sus gentes no fueron suficientes para que Arturo superara su nostalgia por España y por sus hijos, lo que queda perfectamente plasmado en su última novela, *La raíz rota*⁶. La obra cuenta sobre un frustrado reencuentro de Antolín con su familia española, después de vivir diez años en el exilio británico. Un día de 1949, el protagonista de la novela viaja a Madrid para tomar allí la decisión de si volver definitivamente a España o seguir viviendo en el exilio.

Algunos críticos quieren ver en *La raíz rota* la continuación de *La forja de un rebelde* porque Barea y el protagonista del libro se parecen en muchos aspectos. Ambos militaron en el bando republicano, se exiliaron en Inglaterra, donde tomaron la decisión de cambiar de nacionalidad. Ambos fracasaron en su primer matrimonio, entablaron relación amorosa con una mujer extranjera y abandonaron a sus familias, huyendo de la España de Franco. No obstante, entre el escritor y Antolín hay una diferencia fundamental: Barea nunca volvió a España. Así que *La raíz rota* no es una autobiografía *sensu stricto*, sino una autobiografía figurada o hipotética (Bender, 2018, p. 24). En esta novela el escritor trata de reflejarse en el personaje de Antolín Moreno para imaginarse su propio retorno a España. Fantasea sobre cómo —en el caso de su regreso a España— se senti-

⁵ Desde 2013 de la pared del pub The Volunteer, el preferido de Barea en Faringdon, cuelga una placa conmemorativa dedicada al escritor.

⁶ Editada primero en su versión inglesa en 1952, luego en castellano, en 1953 en Buenos Aires. En España no se publicó hasta el año 2009.

ría en el Madrid aquejado por la miseria, la corrupción y la represión política.⁷ A su familia española se la imagina desintegrada y desmoralizada, incapaz de restablecer las relaciones familiares rotas. Así es la familia del protagonista de la novela. Además, Antolín, deambulando por el Madrid empobrecido, vive una honda sensación de desarraigo: se asombra al comprobar que tanto las personas como los lugares con los que antes se identificaba tanto, ahora le resultan muy ajenos, casi irreconocibles. Entonces divaga tristemente:

[Los exiliados] hemos vivido en países extranjeros por diez años, siempre recordando y siempre enalteciendo nuestros recuerdos. Yo no tengo idea de cómo los otros encontrarían la realidad si volvieran mañana, yo sé solamente lo que la realidad me está mostrando: soy extranjero en un país extranjero. Estoy más solo aquí que nunca he estado en Londres. No puedo explicarlo bien. Naturalmente, hay un vacío de diez años entre medias, y diez años son la cuarta parte de mi vida consciente, sin contar los primeros diez años en los que uno vive en un mundo aparte. No hay duda de que yo he cambiado muchísimo, pero me parece que mi pueblo ha cambiado muchísimo más. Lo encuentro natural y lógico. Mis hijos eran niños y ahora son hombres. Mi hija es una mujer. Sólo que, aunque esto lo entiendo, no encuentro manera de penetrar en su pensamiento. (Barea, 1953/2009a, p. 168)

Antolín —y muy probablemente el mismo Barea— siente remordimientos por haber abandonado a su familia española y haberse instalado cómodamente en Inglaterra. Hay momentos en los que reconoce haber cometido muchos errores. Se arrepiente de casarse demasiado joven y sin cariño, y de tener hijos con una mujer a la que no amaba. Le duele mucho que sus hijos lo miren como a un extranjero despreciable, un ricachón digno de sacarle algo de su fortuna.

Hay que advertir que la preocupación de Antolín por sus hijos se parece mucho a la que experimentó Arturo Barea. En las cartas del escritor a sus hijos descubrimos que siempre quiso ayudarlos y mantuvo la esperanza de que un día alguno de ellos viniera a Inglaterra a visitarlo y, tal vez, se quedara a vivir con él.⁸ Por otro lado, tanto Barea como su personaje literario, tienen remordimientos por haberse alejado de sus hijos. Sin embargo, tratan de autojustificarse. Explican que la guerra y el fracaso matrimonial fueron las causas de su abandono de los hijos. En *La raíz rota* hay fragmentos que recuerdan la carta que Arturo Barea escribió a su hija Adolfinia el 2 de agosto de 1956:

⁷ Para escribir esta novela Barea se documentó ampliamente sobre la situación social de España recurriendo a todo tipo de testimonio: noticias de medios de comunicación o relatos de la gente que venía de España (Townson, 2009, pp. 12–15).

⁸ En las cartas dirigidas a sus hijos, Barea muestra cierto desdén hacia sus hijos varones —por su indolencia y por su ingreso en los Testigos de Jehová en Brasil— y su predilección por Adolfinia, a la que, sin éxito, invita en tres ocasiones a visitarlo en Inglaterra (Chislett, 2017, p. 39).

En toda esta historia existe el desastre de vuestras vidas; pero la mayor culpa de este desastre ha sido ajena a mí. Ha sido causada por la Guerra Civil, primero, por la guerra en Europa, después, y también en gran medida por la ceguera y el rencor que impidió que al menos alguno de vosotros se reuniera conmigo. (Chislett, 2017, p. 39)

El cuento “Teresa”⁹ es otro relato de Barea centrado en el tema del exilio. Sin embargo, a diferencia de las narraciones anteriormente mencionadas, “Teresa” es un cuento ficticio y, como tal, no puede verse como una historia verídica o un testimonio, calidad intrínseca de la autobiografía. En cambio, “Teresa” ostenta los rasgos propios de una narración de fines ideológicos y propagandísticos. Su protagonista es un personaje llano, de convicciones ideológicas inamovibles, determinadas por las traumáticas experiencias de la guerra civil. Teresa simboliza una vida truncada, “la muerte de la primera vida” (Sánchez Zapatero, 2009, p. 7), un personaje condenado a la constante frustración. La protagonista vive atormentada por sus dolorosos recuerdos: la persiguen las imágenes de la muerte de su padre, fusilado por los falangistas, y de la persecución que sufrieron su madre y ella misma. Teresa no puede perdonar a los verdugos ni a los que, a pesar de declararse amigos de la familia, no hicieron nada para ayudarla. La mujer se muestra muy resentida con la Iglesia: los curas —entre ellos Don Servando, amigo de la familia— le hicieron creer en la bondad del hombre, pero cuando estalló la guerra se pusieron de lado de los verdugos. Por eso Teresa ha perdido fe y se ha alejado de la Iglesia. Ahora se niega a bautizar a su niño aún a sabiendas de que esto podrá acarrearle muchas complicaciones. Su vecina inglesa, una mujer mayor, trata de ayudarla, animándola a escribir una carta al cura de su parroquia. Tras muchas vacilaciones Teresa se deja convencer. Escribe la carta, volcando todo su rencor, tristeza y desesperación. Asegura que le gustaría creer en Dios y confiar en sus servidores, pero ya no es posible porque la guerra lo ha cambiado todo. Por medio del personaje literario de Teresa, Barea parece alardear de sus simpatías políticas y plasmar las frustraciones de muchos exiliados españoles que vivían atormentados por el recuerdo de la guerra civil. Sin embargo, como se trata de un personaje ficticio, el mensaje del cuento resulta ser menos convincente que el que se desprende de otras narraciones bareanas propiamente autobiográficas.

El exilio fue para Arturo Barea una de las experiencias más importantes en su vida, por lo que no extraña que la evoque con tanta frecuencia y reflexione sobre sus tristes consecuencias. Sin embargo, conviene destacar que los dos exilios de Barea —el francés y el británico— fueron muy distintos. El exilio francés le hizo al escritor vivir momentos de gran incertidumbre, angustia y hasta miedo, mientras que el británico fue para él una experiencia mayoritariamente positiva.

⁹ El cuento se publicó en la versión española en la selección de *Cuentos completos*, de Barea, edición de 2007, a cargo de Nigel Townson.

Al parecer, la personalidad de Barea encajó bien con la mentalidad inglesa, por lo que adaptarse a una nueva vida en Inglaterra le resultó bastante fácil. En muchas ocasiones, el escritor se mostró muy agradecido a los británicos, estimando su gran tolerancia y su extraordinaria amabilidad con los extranjeros.

Los relatos bareanos sobre el exilio invitan a los lectores a reflexionar sobre la vida de los refugiados como una experiencia forzada y, por tanto, a menudo, contemplada como un verdadero fracaso vital. Entre los exiliados hay quienes no llegan a deshacerse de insistentes y traumáticos recuerdos de la guerra civil. En momentos de debilidad sufren una honda nostalgia por la patria perdida y por sus familias españolas, de las que apenas les llegan noticias. Por tanto, se sienten cada vez más ajenos, viviendo una aguda sensación de desarraigo. No obstante, hay también relatos bareanos del exilio británico donde predomina el tono apacible y bastante optimista. En ellos, Barea aparece como un hombre que encontró en su país adoptivo, Inglaterra, lo que más anhelaba: la libertad, la seguridad y la tolerancia.

Bibliografía

- Barea, A. (2007). *Cuentos completos*. De Bolsillo.
- Barea, A. (2009a). *La raíz rota*. Salto de Página. (Texto original publicado 1953)
- Barea, A. (2009b). *La forja*. Editora Regional de Extremadura. (Texto original publicado 1951)
- Barea, A. (2010). *La llama*. Editora Regional de Extremadura. (Texto original publicado 1951)
- Barea, A. (2011). *La ruta*. Editora Regional de Extremadura. (Texto original publicado 1951)
- Bender, E. (2014a). La intrahistoria de la Guerra Civil española de 1936 según Arturo Barea. *Roczniki Humanistyczne, LXII*, 145–154.
- Bender, E. (2014b). ¿Cómo superar la traumática experiencia de la Guerra Civil española? La dimensión terapéutica de la autobiografía *La forja de un rebelde* de Arturo Barea. In A. August-Zarębska & T. Marín Villora (Eds.), *Guerra, exilio, diáspora: Aproximaciones literarias e históricas* (pp. 13–19). Wydawnictwo Uniwersytetu Wrocławskiego.
- Bender, E. (2016). *Historia del relato y relato de la historia: La obra autobiográfica de Arturo Barea*. Wydawnictwo UMCS.
- Bender, E. (2018). La raíz rota de Arturo Barea: destiempo ficcionalizado y autobiografía figurada. *Estudios Hispánicos, 26*, 17–26.
- Bocanegra Barbecho, L. (2006). *El fin de la Guerra Civil española y el exilio republicano: visiones y prácticas de la sociedad argentina a través de la prensa. El caso de Mar de Plata, 1939* [Tesis de Doctorado, Universitat de Lleida]. <https://www.tdx.cat/handle/10803/83641#page=8>
- Burke, P. (1991). Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro. In P. Burke (Ed.), *Formas de hacer historia* (pp. 11–37). Alianza Editorial.
- Chislett, W. (2017). Arturo Barea: Del Madrid de la Guerra Civil al exilio en la campaña inglesa. In W. Chislett (Ed.), *Arturo Barea: La ventana inglesa* (pp. 21–40). Instituto Cervantes.
- Marra-López, J. R. (1963). *Narrativa española fuera de España*. Guadarrama.
- Muñoz Molina, A. (2017). La vocación de Arturo Barea. In W. Chislett (Ed.), *Arturo Barea: La ventana inglesa* (pp. 13–19). Instituto Cervantes.

- Rodrigo, J., & Alegre Lorenz, D. (2022). Refugio, evacuación, exilio, regreso: España y la “cuestión de los refugiados” en la Europa de entreguerras. *HISPANIA NOVA. Primera Revista De Historia Contemporánea on-Line En Castellano. Segunda Época*, 21, 138–179. <https://doi.org/10.20318/hn.2023.7297>
- Sánchez Zapatero, J. (2008a). Implicaciones históricas, literarias y léxicas del exilio en España. *Tonos digital: revista de estudios filológicos*, 15. <http://www.tonosdigital.es/ojs/index.php/tonos/article/view/214/174>
- Sánchez Zapatero, J. (2008b). Memoria y literatura: escribir desde el exilio. *Lectura y signo: revista de literatura*, 3(1), 437–453.
- Sánchez Zapatero, J. (2009). La predisposición al testimonio en la literatura del exilio. *Tonos digital: revista de estudios filológicos*, 18. <http://www.tonosdigital.es/ojs/index.php/tonos/article/view/359/258>
- Sánchez Zapatero, J., & Guzmán Mora, J. (2015). Guerra, compromiso y amor: de “La llama” (Arturo Barea, 1951) a “La noche de los tiempos” (Antonio Muñoz Molina, 2009). *Estudios humanísticos. Filología*, 37, 139–160.
- Sánchez Zapatero, J. (2021). Víctimas y victimarios en la literatura española de la memoria, de la Guerra a la actualidad: el caso de *Dicen*, de Susana Sánchez Arins. *Quaderns de filología. Estudis literaris*, 26, 21–37.
- Torres Nebrera, G. (2002). *Las anudadas raíces de Arturo Barea*. Diputación de Badajoz, Departamento de Publicaciones.
- Townson, N. (2009). Prólogo. In A. Barea, *La raíz rota* (pp. 5–16). Salto de Página.

Nota bio-bibliográfica

Elżbieta Bender, profesora de Hispánicas en la Universidad María Curie-Skłodowska (Lublin, Polonia). Los ámbitos más importantes de su investigación son: Generación del 98, obra de Arturo Barea, nueva novela histórica española, traducción literaria, adaptaciones cinematográficas de la prosa hispánica.

elzbieta.bender@mail.umcs.pl